

el 12 de Noviembre de 1570. El rey llevaba más de dos años de dolorosa viudez.

Cuarenta y tres años contaba el monarca, y veintiuno la reina. «Excelente y bendita mujer», la llamaron. Esbelta y agraciada, blanquísima y sonrosada, cabello rubio y ensortijado, y «era tan modesta, humilde y piadosa, que nada más podía desearse».

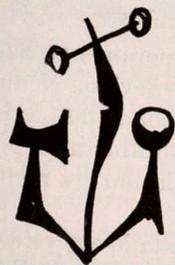
Siguieron los festejos nupciales en el bosque de Balsain hasta el día 20 en el que hizo su entrada triunfal en Madrid, corte de España.

Felipe II, el poderoso y discreto monarca, estrenó su cuarta y digna esposa: España tuvo nuevamente reina, y los españoles gozaron la esperanza de poder lograr para el trono, legítima sucesión masculina.

Al filo de los cuatro siglos de esta efemérides, es justo recordarla y aprender las lecciones que siempre nos brinda el fecundo magisterio de los hechos y la historia.

Nunca miró la Iglesia con buenos ojos estas uniones matrimoniales entre tan próximos consanguíneos. Su temor no es infundado. Los frutos son el mejor testimonio.

Y llegó un hijo para legítimo sucesor en el solio real. Mas el mismo Felipe II, confesó, a última hora, con humilde tristeza: «Dios, que me ha dado tantos reinos, me ha negado un hijo capaz de gobernarlos. Temo que me lo gobiernen».



Recordando a mi madre

La puerta del cementerio
está en par en par abierta,
así lo está mi dolor

por mi santa madre muerta

Quiero entrar, más tengo miedo
de la segura respuesta
de no hallarla ya en la tumba
en que la enterraron yerta.

No pude comprarle entonces
un sepulcro que tuviera
una cruz que, con su nombre,
de recordarla sirviera.

Sólo existe un testigo,
fiel testigo que creciera
bebiendo savia de llantos
que en su tronco yo vertiera.

Creció mucho, fue mi amigo
se elevó en la cabecera
de la tumba de mi madre
a que yo tanto quisiera.

La ley señala un tiempo,
que ella no sabe altanera
de dolores y consuelos,
y echó de la fosa abierta

los despojos de mi madre;
¿dónde fueron? ¡quién lo acierta!
al anónimo huesario
pila de olvidos siniestra.

Sólo allí sigue el ciprés
que tantas veces me oyera
rezar y contar mis cuitas
a la madre que muriera,
para llevarlas al cielo
por su antena verdinegra,
pues como fue tan santita,
seguro que allí estuviera.

El ciprés, ya de otra tumba,
más crecido, es cabecera;
otros llorar fueron savia.
y a que más alto se hiciera

Y otros mensajes llevara
de otras angustias y penas,
que a soledades y olvidos
se obliga al que pobre fuera.

Sólo mi dolor es cruz
que su nombre la recuerda
y con él los sentimientos
de hondura imperecedera.

Pues murió joven, muy joven
muy antes que yo pudiera
con mi trabajo rendirle
todo el bien que mereciera.

¡Pobre madrecita mía!
cuántos años, y aún venera
mis recuerdos y mis suspiros
de lo santa y buena que era.

Por lo mucho que la quise
de ilusión fue mi bandera

de hacerla feliz un día,
un solo día siquiera.

Mas esta gloria le falta
a cuanto anheló mi quimera,
y me duele, me atormenta
que alcanzarla no pudiera.

Hacer su contento un día,
borrar cuanto padeciera,
trocar su dolor en risa,
¡qué mayor dicha quisiera!

Todo es recuerdo, no olvido,
si te olvido, no viviera,
pues aún alzo tu cariño
como ilusión y bandera,

porque aún tengo muy vivo
lo que un día me dijera;
estudia fuerte, hijo mío,
por si la lección sirviera.

Y ella no sabía leer
ni una letra tan siquiera,
mas su cariño infinito
la daba sabia grandeza.

¿Saben las madres de hoy
ser como aquéllas, las nuestras,
rudas, sencillas, muy llanas?
¡pero qué almas tan inmensas!

Edmundo COSTILLO MARIN

